

XII.

Declaró Championnet por solemne decreto que la república francesa usaba del derecho de conquista en bien de los pueblos, y que por lo tanto declaraba el estado de Nápoles república independiente. Nombró una comisión de veinticinco que gobernase provisoriamente y que redactasen la constitución; dividió el antiguo reino en *cantones*, trastornando y confundiendo los límites de las provincias; abolió los mayorazgos y los títulos; declaró deuda nacional los atrasos de los bancos y del tesoro, y proclamó *libertad, igualdad, fraternidad*. También abrió los cotos reales, repartiendo los bosques y propiedades de la corona, y mandó destruir los escudos de armas y las estatuas de los reyes. Pero en tanto no se desdiciaba el institutor de repúblicas en cobrar vigorosamente las contribuciones corrientes y atrasadas, y en resarcir los gastos de la guerra. En vano reclamaron los nuevos gobernantes. El vencedor les respondió *ve victis*. Los jacobinos y los clubistas aplaudían, los pueblos eran presa de la miseria más espantosa. No tardó en aparecer el hambre, y se echó la culpa al Rey y á los ingleses, que detenían los buques que arribaban con víveres y que impedían la exportación de cereales de Sicilia. Si la fuga del Rey, y la expugnación de la ciudad por los franceses, habían entibiado el feróz patriotismo de los guerrilleros y acobardado á los guardadores, la nueva miserable situación los reanimó, y tornaron á las armas en los montes de Calabria y de Abruzzo, y en los bosques que circundan la capital.

Vino un comisario de París llamado el ciudadano Tappouit, con decreto de la república francesa, á tomar posesión de los bienes del real patrimonio, de las encomiendas de Malta, de los monasterios suprimidos, de las fábricas de porcelana, y hasta de las excavaciones de Pompeya, como bienes de conquista pertenecientes á la Francia. Se opuso con tesón el general Championnet al atrevido comisario, que volvió á París, donde reclamó y consiguió el que fuese llamado, depuesto y encausado el general. Sucedióle Macdonald, y volvió ufano Tappouit á llevar á cabo sus rapiñas.

No se desdiciaban en tanto en Palermo la Reina y su favorito, de acuerdo en todo con los ingleses; y acaloraban la guerra nacional, y corrían los mares de uno á otro lado de Italia, y mantenían secretas inteligencias con todos los gobiernos, preparando un nuevo rompimiento general contra los franceses. Y para recobrar el reino de Nápoles y acabar con la ridícula república, echaron mano del cardenal Ruffo, audaz, fanático y ambicioso. Enviáronlo á Calabria, donde tenía antiguos feudos su ilustre familia, si bien seguido de pocos aventureros y desprovisto de caudales, revestido de ilimitada autoridad. Desembarcó con sus insignias cardenales en Baguara el año 1799 por febrero, con corto séquito; pero encontró no sólo buena acogida sino universal veneración. Reuniéronse antiguos militares, nobles y clérigos perseguidos, propietarios arruinados, contrabandistas, malhechores, y todo en tanto número, que trocando la púrpura por el arnés, se declaró general en jefe del ejército de la fe. Empezó lentamente sus operaciones militares, expugnó ciudades, saqueó las que se le resistían, y restableció en el país que iba ocupando el gobierno real. En tanto Nelson con buques ingleses y napolitanos corría las costas y hacía momentáneos desembarcos; mientras que en el norte de Italia renacía la guerra con poca ventaja de los franceses.

Acudían los generales Macdonald, Coutard y Vatin á todas partes, y en todas se encontraban con guerra; y aunque el último logró deshacer en Castellamare una expedición de tropas inglesas y sicilianas, que se habían apoderado de toda la comarca, viéndose sin fuerzas para resistir, se retiraron los franceses en buen orden abandonándolo todo, pero dejando fuertes guarniciones en Santelmo, Gaeta y Capua. Avanzó el Cardenal, sostenido por Fra Diavolo, Mammone, Sciarda y otros famosos guerrilleros. Y en Nápoles los republicanos creyéndose populares, y abrigando la ilusión de que los ayudaba la opinión pública, decretaban leyes impracticables, soblaban un entusiasmo que no ardía, pronunciaban pedantescos discursos y confiaban la salud de la república en las más absurdas y descabelladas disposiciones. Rebeláronse las islas de Ischia y de Procida, y con un buque republicano fué á sosegarlas el almirante Caracciolo, de quien hemos hecho mención, que había vuelto á Sicilia con permiso del Rey y servía desgraciadamente á la república. El desconcierto era general, no venían los socorros ofrecidos por Francia, una división rusa había desembarcado en Taranto, con otro cuerpo de tropas turcas, y marcharon á rennirse con el purpurado general. En Nápoles mismo trabajaban los realistas á cara descubierta, y se amotinaban diariamente los lazarones gritando: ¡Viva el Rey, viva la fe; con lo que deshechos los republicanos propusieron medidas atroces, que afortunadamente no tuvieron tiempo de cumplir.

Ya el cardenal Ruffo estaba á la vista de la ciudad con las turbas armadas de su primitivo ejército de la fe, reforzadas con batallones y escuadrones

rusos y sicilianos, que se apoderaron del fuerte del Granatello, aunque lo defendió desde el mar el obsecado Caracciolo; y ya con bastantes elementos de triunfo se dispuso el ataque de la ciudad el día de San Antonio. Los republicanos Bassetti, Wirtz y otros valientes la defendían vigorosamente, también los ayudaba Caracciolo; la victoria estuvo dudosa, derramóse mucha sangre, combatióse por una y otra parte con extremado ardimiento y hasta con ferocidad horrenda. Al declinar la tarde fué muerto Wirtz, se replegó Bassetti, huyeron los directores de la república moribunda á Castelnuovo, todo fué confusión y ruina. Los indiferentes, los escondidos, y los que querían rehabilitarse salieron de sus guaridas, se pusieron al frente de los lazarones y gritaron viva el Rey, la ciudad era ya suya; pero no entraron en ella las tropas de Ruffo, y las de la república, con todos los comprometidos, se refugiaron en los castillos y en el importante puesto de Pizzo-falcone. Pero escasos de víveres, desunidos entre sí, como acontece en tan angustiosas ocasiones, y perdida toda esperanza de socorro, propusieron capitulación, exigiendo asistiesen á ella los generales ruso y otomano y el comodoro inglés, amenazando si no había acomodo destruir la ciudad con la artillería de los fuertes. Acedió el Cardenal por evitar más estragos á que asistiesen los dichos extranjeros á la conferencia, y en su casa se discutieron y firmaron los artículos, reducidos: á que Castelnuovo y el castillo del Ovo, y demás puestos fortificados, se entregarian á las armas del Rey, permitiendo á los republicanos que los guarnecían y á los refugiados en ellos, salir libres y con toda seguridad, á embarcarse en el muelle y en las marinas para ir fuera del reino; que se publicaría y sostendría una amnistía general para los partidarios inactivos de la república, y que el castillo de Santelmo y varios personajes realistas quedarían en rehenes del fiel cumplimiento de aquella condición, permaneciendo guarnecido como lo estaba, hasta que sabido el arribó á Francia de las otras guarniciones y de los demás comprometidos, se entregarían con iguales condiciones al Cardenal. Firmóse el convenio, ó por mejor decir, el engaño. Rindiéronse Castelnuovo y el castillo del Ovo, y el torreón del Cármen y el puesto de Pizzo-falcone. Salieron las guarniciones republicanas y los que iban á expatriarse; y aunque insultados y escarnecidos por el populocho y por los soldados de la fe, no dejando de ocurrir parciales desgracias, se embarcaron en varios buques mercantes dispuestos de antemano, pero no dieron la vela. Llegó en esto Nelson con el resto de la escuadra. Antes de fondear abordó á su navío un buque ligerísimo que venía á toda vela de Sicilia, y en él Lady Hamilton, con mensaje acaloradísimo de la Reina, ya sabedora de la capitulación. Recibió el amante marino á la encantadora sirena con el mayor fervor, y aunque oyó con disgusto sus excitaciones á la crueldad y á la perfidia, se dejó al cabo seducir, y fondó resuelto ¡oh ceguedad! á manchar su glorioso nombre. Declaró que no era válida la capitulación, y exigió que se le entregaran los prisioneros. No osó resistir el cardenal Ruffo; nada hicieron por cubrir la honra de sus firmas los generales extranjeros. Los desgraciados, que ya se creían seguros, fueron arrancados de á bordo y trasportados, unos á los navios ingleses, otros á los castillos, de que eran dueños algunos días antes, y á las cárceles públicas de la ciudad. Encarcelados los lazarones y los soldados de la fe, viéndose á Nelson y á los ingleses, á Dios y al Rey, se creyeron autorizados para todo; y fué la infeliz ciudad teatro de los más horribles asesinatos y de los más abominables saqueos. Un tribunal criminal en tierra, y una comisión militar á bordo, se encargaron de la suerte de los miseros capitulados. Pasaron de cincuenta las ejecuciones, y entre ellas vió con dolor toda Nápoles morir pendiente de un penol del navío inglés al desdichado Caracciolo, cuyo cuerpo tuvo sepultura en el mar.

Rindióse Santelmo por perfidia de su gobernador, y la guarnición y los refugiados en él fueron perseguidos, heridos, y muchos asesinados por las turbas sin freno, que no reconocían autoridad ninguna. Al cabo restablecieron en la ciudad la calma y el reposo, pero la calma y el reposo de los sepulcros. Fué Nelson á Sicilia, y trajo al Rey á la bahía de Nápoles, donde permaneció abordado, dictó varios decretos, nombró autoridades, y regularizó la persecución olvidado completamente de la clemencia.

A los dos días de su llegada estando el Rey en el aleazar del navío vió venir hacia él un bulto, lo miró con curiosidad y cuando se acercó reconoció el cadáver hinchado y deshecho de Caracciolo. Quedó petrificado, quedó Nelson, quedáronlo los cortesanos, y preguntó aterrado: *¿quién quiere ese muerto?* y el Arzobispo le contestó: *señor, sepultura cristiana.* — *Que se la den,* dijo el Rey, y trémulo y desmayado se encerró en la cámara.

Restablecida con el terror la tranquilidad, dejó el Rey el mando supremo de Nápoles al Cardenal, y regresó á Palermo, donde fué recibido con grandes festejos, y donde fundó la insignie orden de San Fernando y el mérito

Los soldados de la fe necesitaban movimiento, y convenía ya alejarlos de la ciudad para evitar nuevos disgustos, desórdenes y conflictos; y se discurrió una expedición contra Roma. Verificóse y con buen éxito; pues tuvieron los franceses que evacuarla. Repitieron allí los mismos desastrosos excesos que en Nápoles y no se alzó la bandera papal, sino la napolitana.

El cardenal Ruffo dejó la Vicaría de Nápoles al príncipe del Cassero y fué á Venecia para asistir al Conclave que eligió al papa Pio VII. La Reina de Nápoles fué á Liorna camino de Viena. En aquel tiempo se introdujo en Italia la vacuna.

En todas partes empezaron á padecer serios descalabros los franceses, y la fortuna de la guerra á inclinarse en favor de los enemigos de las repúblicas; cuando Napoleón Bonaparte volviendo de Egipto, derribó el débil gobierno del imbécil Directorio, disolvió el Consejo de los quinientos, y volvió á los campos de batalla donde encontró de nuevo la victoria. Con la de Marengo restableció el poder de la Francia, y firmó el armisticio de Alejandría el 15 de junio de 1800.

No cedió el Rey de Nápoles, y reforzó sus tropas de Roma, por lo que quedó excluido de la paz de Luneville; hasta que, marchando Murat con fuerzas respetables á arrojarlo de la ciudad eterna, tuvo su general Damas que avenirse á la conveniencia de Fuligno, preliminar de la paz, que concertó después y que se reprodujo en los tratados de Amiens, con que pareció terminada la guerra.

Instaló el general Murat al papa Pio VII en su silla; y partidos ya los soldados rusos é ingleses de Nápoles fué á visitar aquel estado donde lo obsequió y le regaló una magnífica espada, el príncipe heredero Francisco, que gobernaba el estado como Vicario general.

Regresó la Reina de Viena, y volvió también á Nápoles Fernando IV con su familia y el general Acton, siempre ministro omnipotente, siempre favorito predilecto; y se concertaron el matrimonio del príncipe heredero don Francisco, viudo de la archiduquesa Clementina, y con solo una hija (hoy la viuda del duque de Berry), con la infanta de España doña Isabel; y el de la princesa napolitana doña Antonia, con el príncipe de Asturias don Fernando. Una escuadra española fué por los novios, y celebráronse las bodas en Barcelona el año 1802.

La paz de Amiens no había quietado los ánimos, ni satisfecho las ambiciones, ni desarmado los ejércitos. Toda Europa estaba alerta y mal segura. En Nápoles duraba la inquietud, se agriaron las persecuciones, creció la miseria, y hasta erupciones del volcan y nuevos y continuos terremotos vinieron á aumentar las desdichas del país, arruinando campos y poblaciones, y poniendo en peligro á la ciudad de Nápoles.

Declarándose Napoleón Bonaparte emperador de los franceses y rey de Italia, fué á coronarse á Milán, y en la recepción de los embajadores, que de todos los países, menos la Inglaterra, fueron á reconocerlo y á felicitarlo, trató al de Nápoles con la mayor dureza, le manifestó que no ignoraba las secretas relaciones que mantenía la reina Carolina con los ingleses, y prorumpió en las más duras amenazas, que dejaron aterrado al embajador.

Efectivamente, la implacable Reina de Nápoles su favorito, acaso sin noticia del Rey, tramaban nuevos planes de guerra, y estaban de acuerdo con los ingleses, que se veían amenazados por el campo francés de Boulogne, y que á toda costa procuraban promover una guerra general.

Coligábase secretamente Austria, Rusia y Suecia, negociaba la Prusia, y no era ajeno á los tratados el reino de las Dos Sicilias. Todo lo sabía el emperador Napoleón, y se preparaba á la guerra general, cuando ocurrió la desgracia de Trafalgar, tumba de la gloriosa marina española. Esta victoria naval de los ingleses fué celebradísima en la corte de Nápoles, y animó grandemente á todos los enemigos de la Francia; lo que obligó á Napoleón á ordenar á Saint-Cyr, que mandaba el ejército de Lombardia, que invadiera el reino de Nápoles antes que desembarcaran en él los rusos é ingleses como estaba concertado. La corte de Nápoles con esta noticia trató de sincerarse, y negoció en París el tratado de 21 de setiembre de 1805, comprometiéndose á la más estricta neutralidad. En vista de él recibió Saint-Cyr órdenes de alejarse de la frontera de las Dos Sicilias, replegándose sobre el Adige. Pero el 26 de octubre, esto es, un mes después, ratificó el rey Fernando otro tratado de alianza con Austria, Rusia é Inglaterra contra la Francia; de modo que puede decirse que al mismo tiempo estipulaba paz en París y guerra en Viena.

A los pocos días fondeando en la bahía de Nápoles gran número de buques desembarcaron en Nápoles y en Castellamare, once mil rusos, dos mil montenegrinos, y seis mil ingleses: estas fuerzas, reforzadas con diez mil hombres y dos mil caballos á las órdenes del general moscovita Lascey, se pusieron en marcha con varias direcciones hacia la alta Italia, á distraer á Massa; pero las armas francesas habían recobrado su brío y los favores de la fortuna. Tuvo que replegarse el archiduque Cárlos, y Lascey y el general inglés Greig hicieron

lo mismo, retrocediendo hasta Sese é Itri con espanto de la capital.

Ganada muy luego la batalla de Ulma por los franceses, dueños luego de Viena, y triunfadores en Austerlitz, firmó el emperador Napoleón la paz de Presburgo en 26 de diciembre de 1805, y aunque en ella no se hizo mención del reino de las Dos Sicilias, en un boletín del ejército francés de aquel tiempo se anunciaba la ruina de aquel trono en pago de su perfidia y doble trato, destinando á Saint-Cyr para conquistarlo.

Marcharon pues las tropas de este general á ejecutarlo con treinta mil combatientes, y en el camino se le reunió Massena con otros tantos, y tomó el mando de todos el príncipe imperial José Bonaparte, hermano del emperador Napoleón. Unidos en Teano los generales rusos é ingleses, trataron largamente si habían de defender el reino de las Dos Sicilias, ó si debían abandonarlo; y prevaleciendo este dictamen se embarcaron los rusos para Corfú y los ingleses para Malta.

En el palacio de Nápoles fué grande el desconcierto. El Rey y los príncipes y los cortesanos propendían á la idea de abandonarlo todo, y de refugiarse en Sicilia. La Reina inexorable, y su favorito Acton querían renovar la guerra nacional y resistir y tentar nuevas fortunas, y enviaron al príncipe Francisco y al príncipe Leopoldo, aquel á la provincia de Abruzzo y este á las de Calabria, y convocaron á los antiguos guerrilleros Fra Diavolo, Sciarda, Nunciante y otros, que fueron á levantar los pueblos, mientras la Reina se encargaba de la capital. Nada lograron estos esfuerzos, los pueblos no se entusiasmaron, no quisieron moverse; ora desengañados con tantos tan encontrados acontecimientos; ora porque rara vez se ven en un mismo siglo repetidos los movimientos nacionales, producto de la unanimidad de opiniones y de deseos. Partió el Rey para Sicilia, dejando de Vicario al príncipe heredero Francisco. Massena desde Spoleto declaró su propósito de conquistar el reino de Nápoles; y José Bonaparte publicó un manifiesto en que decía: que su venida era contra la familia real, no contra el pueblo; y estos impresos circulaban profusamente en la capital á pesar de la policía.

Marchó el cardenal Ruffo al quartel general de los franceses, y no habiendo sido recibido continuó su viaje á París. Viendo acercarse al enemigo, se embarcó deshecho la Reina con sus hijos y con Acton para Palermo. El príncipe Francisco quiso hacer el último esfuerzo del general Naselli, el príncipe de Canosa y el magistrado Cianciulli. Era lastimoso el estado de la ciudad, sin guarnición, más que la necesaria para cubrir escasamente los castillos, dividida en opiniones y en deseos, amenazada de saqueo por los lazarones. En tal conflicto el instinto de la propia defensa reunió á varios habitantes de todos colores y de opuestos intereses políticos, y formaron con la aprobación de la regencia, un cuerpo de vigilancia, que mantuvo á toda costa la tranquilidad, no sin trabajo; porque los ladrones que anhelaban confusión y saqueo, eran muchos, y no pocos los que ya saboreaban el placer de sus proyectadas ventajazas, que creían seguras en el momento del desorden.

Envió la regencia á los franceses, que estaban ya sobre Capua, un mensaje pidiendo un armisticio de dos meses, que fué negado; y entonces se convino en entregarles los castillos y la ciudad, respetando la religión, la propiedad y la libertad individual de los habitantes; y el día 14 de febrero de 1806 entraron triunfantes en Nápoles los conquistadores, y los príncipes que aun permanecían en Calabria se embarcaron para Sicilia. Así quedó completamente el reino en poder de los franceses, que ya no fundaban repúblicas, sino dinastías.

XIII

Tomó el mando supremo el príncipe José Bonaparte con título de lugarteniente del Emperador y Rey, enviando sus tropas con varios generales á tomar á Capua y á Pescara, y á sitiar á Gaeta, que gobernada por el valeroso príncipe Philipstad, tardó algunos meses en rendirse, y á pacificar las Calabrias. Organizó un ministerio compuesto del conde de Cassano y del príncipe de Bisignano, comandante Pignatelli, del príncipe de Caserta, del duque de Cassano y del corso Salicetti, napolitanos; y del francés Miot y del corso Salicetti; aquel para el departamento de la guerra, y este para el de policía. Publicó varios decretos de buen gobierno, y convenientes arreglos de la hacienda pública; y creía tranquila su dominación, cuando se hicieron dueños los ingleses, mandados por el despus célebre Sir Hudson Law, de la isla de Capri, perdida de consideración siendo la que cierra, por decirlo así, el golfo de Nápoles, y que iba á ser un foco continuo de conspiraciones y de intenciones.

Concluida la guerra en Calabria, que no dejó de ser sangrienta y tenaz, tomando alguna parte en ella los ingleses, fué José á reconocer aquellas provincias; y durante su viaje estando en Reggio,

TOMO II

recibió el nombramiento de Rey de Nápoles, que le confirió su hermano el omnipotente Emperador, por decreto dado en París el 30 de marzo de 1806; por cuya nueva regresó ufano á la capital, que volvió á tomar el aspecto de corte.

Estableció su casa real fijando los gastos de ella no muy estrechamente, creó prefecturas, un consejo de estado, y planteó casi todas las leyes y prácticas francesas; no descuriendo la guerra, y en los riesgos de Calabria, por el valor de los bandidos y de los borbonistas en ellos refugiados, ó en las costas, con imprevistos desembarcos de sicilianos y de ingleses de tiempo en tiempo se encendía, ó por mejor decir nunca se apagaba. Organizó la instrucción pública, disminuyó los conventos, abolió de nuevo los mayorazgos, dió á censo las tierras comunales y baldías, y estableció una vigorosa centralización.

A los dos años escasos de reinado, partió para Francia el rey José, y desde luego se barruntó en Nápoles que no volvería. A poco se supo que su hermano lo llamaba para conferirle en Bayona la corona de España y de las Indias; y el día 2 de julio de 1808, se publicó un edicto suyo en que lo participaba al reino, y en que le otorgaba, como regalo de despedida, una carta muy semejante á la que había de servirle para gobernar á España, y que se llamó *Constitución de Bayona*.

Un decreto del Emperador del 15 de julio dado en aquella ciudad, cedió á su cuñado Joaquín Murat la corona de Nápoles vacante por el ascenso á la de España de su hermano; y un edicto del nuevo Rey, de la misma fecha, ofreció á los napolitanos venturas y maravillas. Era nacido en condición humilde y empezando la carrera de simple soldado, como la mayor parte de los mariscales del imperio, había llegado á tan alto puesto por su valor fabuloso, y su pericia en el manejo de la caballería, y también por haber casado con una hermana del Emperador. Su gallarda presencia, su porte marcial, lo pomposo y teatral de su habitual atavío, sus modales francos y desenfadados, su desfilarrada generosidad, y el renombre de sus hazañas, lo hicieron grato al pueblo de Nápoles, que no estaba muy contento con José, y lo recibió con grandes festejos. El nuevo Rey por su parte publicó indultos, perdonó multas, dió pensiones á las viudas de los militares, y reformó la policía, con lo que no dejó de ganar partido. Y asentado ya en el trono, trató con empeño de desalojar á los ingleses de la isla de Capri. Dió el encargo al despus tan célebre general Lamarque, quien lo logró pronto, aunque no sin vencer grandes dificultades, y sin adquirir mucha gloria.

Mostróse el rey Joaquín activísimo en que no fueran inútiles las reformas ya hechas, y en plantear otras nuevas. Dió forma más clara y conveniente á los registros públicos, arregló las casas de beneficencia, estableció las milicias cívicas, levantó el estado de sitio de las Calabrias, y publicó una solemne y amplia amnistía, abriendo la puerta de sus domicilios habituales á muchos padres de familia, que andaban prófugos y escondidos, y aseguró la pública tranquilidad.

Se enardeció en esto la guerra de Lombardía, y con ventaja de los enemigos de Francia; hasta que el Emperador, favorito siempre de la fortuna, entró triunfante en Viena, y desde allí fulminó decretos que acreditaban su poder; entre otros uno privando al Papa del dominio temporal, y declarando el estado romano parte del imperio francés. El rey de Nápoles tuvo el encargo de cumplir esta determinación, y envió á Roma seis mil hombres y al ministro Salicetti. Encerrose el Sumo Pontífice en Sant'angelo, protestó contra aquel despojo y excomulgó á los perpetradores.

Entre tanto apareció de improviso una expedición anglo-sicula salida de Palermo y de Melazzo, á las órdenes del príncipe Leopoldo y del general Stewart. La numerosa é imponente escuadra que la conducía, dejó tropas y bandidos desembarcados en varios puntos de Calabria, y después de amenazar ya unas ya otras costas, apareció en el golfo de Nápoles llenándolo todo. El Rey armó milicias, levantó baterías, hizo venir un buque de guerra de Gaeta, y hubo ligeros combates, desembarcos parciales y continuas escaramuzas, con poca ó ninguna alarma de la ciudad; hasta que llegando la noticia de la victoria de Wagram, lo abandonaron todo los expedicionarios, se reembarcaron, dejando hasta los heridos y enfermos, y navegaron la vuelta de Sicilia, con toda la apariencia de vergonzosa fuga. Partió sí la expedición anglo-sicula, pero dejó el país infestado con bandidos y guerrilleros, que en gran número, y en una y otra costa, habían profusamente desembarcado.

Cuando volvió el Emperador á París, marchó el rey Joaquín con toda su familia á felicitarlo por sus nuevos triunfos; y desaprobó la resolución de su cuñado de divorciarse de Josefina, y tampoco le agradó la elección de su nueva esposa.

Quedó en Francia la Reina y volvió el Rey á Nápoles, pero por pocos días, pues tuvo que regresar á París para las bodas del Emperador, aunque tornero muy luego con el proyecto de conquistar á Sicilia. Y no falta historiador muy bien instruido en

aquellos sucesos, que apunte la idea de que la sagaz y altanera reina Carolina, se puso entonces secretamente de acuerdo con Napoleón para deshacerse de la tutoría en que la tenían los ingleses. Aparecía el rey Joaquín la expedición, cuando un navío inglés apareció en el golfo. Salíó á combatirlo la escuadrilla napolitana, que fué completamente destruida, virando y desapareciendo á toda vela el buque agresor. Este incidente irritó á Joaquín, que marchó inmediatamente sobre el Faro, estableció allí un campo numeroso, y gran número de lanchas cañoneras y de buques menores armados y bien tripulados y abastecidos.

No tuvieron resultado estos preparativos, que duraron tres meses; y deshecho el campo, y retirados los buques, volvió el Rey á Nápoles, á poner orden en Calabria, presa infeliz de los bandidos, que crecían por momentos en número y en audacia. Dió la comisión de exterminarlos al general francés Manches, que lo consiguió con una feroz satánica y con una crueldad inaudita, quemando villas y lugares, y pasando á cuchillo familias enteras sin respeto al sexo ni á la edad; curando en fin aquel mal tan radicalmente, que no ha vuelto hasta ahora á aparecer en todo el reino.

Volvió Joaquín á París para festejar el nacimiento del hijo del Emperador y de la Archiduquesa, creado Rey de Roma, y regresó por poquísimo tiempo á Nápoles, pues empezó la funesta guerra de Rusia, y fué llamado por Napoleón para tomar en ella parte importantísima. No estaba ya los cuñados muy acordes, tanto porque el Emperador se burlaba del Rey, llamándole *rey de teatro*, cuanto porque Murat no aprobó aquella guerra, donde se oscureció para los franceses el astro de la victoria. Mandó y triunfó en los hielos del Norte dando nuevas muestras de su singular pericia en manejar caballería, y de su valor extraordinario y famoso; pero acaso no agradó al Emperador, cuando se vio relevado del mando por el príncipe Beauharnais, con lo que desabrido el Rey de Nápoles, regresó á su reino.

En tanto era deplorable la suerte de Sicilia. El lujo de la corte, y los continuos armamentos para hostilizar al Rey intruso la tenían completamente arruinada. La preponderancia de los señores napolitanos en la ocupación de empleos y en autoridad, con mengua de los del país, mantenía entre unos y otros una rivalidad peligrosa; y el ningun caso que hacia el gobierno de los antiguos feudos, y el olvido en diez años de reunir los parlamentos, tenía á todas las clases disgustadas y completamente enajenado el país. Y cuando se le ocurrió reunirlos al Rey Fernando, como fué sólo para demandar recursos á toda costa, y al ver que por haber sido negados fueron presos y atropellados muchos nobles y personas de cuenta, se colmó la medida del descontento general. Lord Bentinck, comandante en jefe de las tropas inglesas que guarnecían á Sicilia, se alarmó á tal punto, que dió cuenta á su gobierno de todo lo que pasaba; y autorizado por él reunió también el mando de las fuerzas sicilianas, impuso una conducta más moderada y conveniente al Rey, puso en libertad á los presos y rehizo el ministerio con sicilianos de importancia, arrojando de él á Médicis, que había suplantado en importancia y en favor secreto al caballero Acton. Aburrido el Rey abandonó el gobierno activo del Estado á su primogénito Francisco con el título de su vicario, y la reina María Carolina, deshechada é inexorable, se retiró á Castelvetrano, de donde, incomodando aún su influencia á los ingleses, fué á Mazzara, donde se embarcó para ir á Viena. Llegó después de un viaje tardío y penosísimo, y allí murió en 1814. En el anterior, y antes de la ausencia de la Reina, determinó la Inglaterra constitucionalizar la Sicilia; y en nombre del Rey le dió una constitución calcada sobre la suya, con dos cámaras, etc., la que fué publicada y jurada por el Vicario general. Mas nunca llegó á regir, y á poco cuando volvió la corte á Nápoles quedó abolida del todo, dejando sólo su memoria para servir de pretexto á odios permanentes, á grandes desavenencias y disturbios, y aun después de tantos años, en nuestros días, á lamentables sucesos. Pero no trastornemos el orden de los tiempos y volvamos á Murat.

Ingrato con el hombre poderoso á quien debía cuanto era, le volvió la espalda en cuanto le torció el rostro la fortuna. Y para no perder la corona al desplomarse, como preveía, la imperial de su cuñado, entró en hablas con Austria y Rusia, formando liga para dar el último golpe al Emperador. Pero como éste se repusiese algún tanto en Sajonia, volvió á su ayuda, aunque por pocos días; pues sabido el descalabro de Leipsik lo abandonó segunda vez, tomando á entrar en relaciones estrechas con Inglaterra y Austria, que pactaron conservar el trono y agrandarlo con tierras de la Iglesia. Villana é infame conducta, indigna de un valiente guerrero con humos de rey. Aun volvió á entrar en tratos secretos con Napoleón, relegado en la isla de Elba, vendiendo á sus nuevos amigos; y cuando aquel apareció de nuevo en Francia para terminar su carrera, se declaró abiertamente en su favor. Marchó al frente de tropas napolitanas, valientes, discipli-

mas y aguerridas, hacia Toscana, queriendo con proclamas, peroratas, agasajos y concesiones levantar y entusiasmar los pueblos; pero nada consiguió, recibiendo en todas partes con disgusto y desden. Cayeron sobre él los austríacos, y aunque probó fortuna con extremado arrojo en Occitello, Tolentino y Macerata, no recogió más que desastres, siendo constantemente arrollado por alemanes e ingleses, á quienes tantas veces había engañado.

La Constitución siciliana hacia ya gran ruido en el reino de Nápoles, donde renacian los recuerdos de Carlos III, y se comparaba la conducta de Fernando IV, dando una Constitución, con la de Murat, no habiendo establecido la que le impuso el rey José en Bayona al dejar vacante el trono. Prometiábase mucho los descontentos de la separación de Acton, del viaje de la Reina, de la influencia inglesa, de la bondad de carácter del Vicario y heredero de la corona; y finalmente, la estrella de Napoleón se había eclipsado; el mismo rey Joaquín se había hundido en la opinión pública. La secta de carbonarios empezaba sus ocultos trabajos, vigorosa, y audaz, en ocasión oportuna, y con buenos materiales para adelantar sus atrevidos planes.

Vencido el rey Murat en todas partes, abandonada la defensa de los Abruzzos por el general Montigny, y siendo inútiles los esfuerzos y crueldades de Manhes en la frontera de la Rumania, quiso hacerse firme en Capua, temiendo el estado de inquietud de la capital; y hecha allí la capitulación de Casalanza para la vuelta de los Borbones, fué breve momento á Nápoles y marchó á buscar asilo en Francia y á sostener su vacilante imperio, pero sin renunciar en su interior á la corona y combinando acaso ya locos planes, que lo habian de conducir á su perdimiento y muerte.

XIV

El que podemos llamar gobierno francés de Nápoles acabó el año 1815, al desaparecer el rey creado por Napoleón, pero quedó la civilización y los adelantos que aquellos diez años introdujeron con gran beneficio del país. El Código civil, que en 1805 se componia de cien volúmenes indigestos y contradictorios, era en 1815 el Código Napoleón, modelo de sabiduría; la hacienda pública, antes tan embrollada y mal segura, estaba bien administrada y dirigida; el sistema tributario, uniforme y expeditivo, igualaba á los contribuyentes, designaba la materia imponible, y aseguraba la recaudación sin vejámenes ni privilegios; la división del territorio daba expedición al gobierno, y facilidad de reconocer el verdadero estado de la riqueza nacional y las necesidades del país; la disciplina militar quedaba establecida, asentado el crédito, mejores máximas de gobierno establecidas, más práctica de obediencia, más respeto á las leyes, menos distancia entre las diferentes clases del estado, mejor educación pública, destruidos completamente los bandoleros, disminuidos notablemente los lazarones.

Al momento de ausentarse Murat, entraron en Nápoles las tropas austríacas oportunamente para evitar los desórdenes que en ciudad tan populosa y ocasionada pudieran sobrevenir; y á poco llegaron tropas sicilianas, y gran número de napolitanos, despues de diez años de ausencia. No tardaron en publicarse varias proclamas del Rey, con las frases y promesas de costumbre, proclamando amnistía y nombrando un ministerio, que no fué ciertamente del agrado general, y el 4 de junio de 1815 llegó el Rey á la bahía de Baya, habiendo encontrado en el mar el buque que conducía á la mujer é hijos del intruso fugitivo. El día 6 pasó á Portici, y el 9 entró en Nápoles, alegre, afable, comunicativo, sin etiqueta, vestido sencillamente, lo que encantó al populacho, y establecióse en su palacio, si no con universal aplauso, con el suficiente para lisonjearlo.

Todavía, sin embargo, daba inquietud Napoleón, que con su actividad y prestigio hacia colosales esfuerzos; pero Waterloo fué la tumba de su poder, y la noticia de su total hundimiento y ruina dió nueva vida á los antiguos tronos. Al eco de la noticia rindiéronse todas las fortalezas del reino de Nápoles aun mantenidas por los franceses, ó á nombre de Murat.

Pero éste no llevaba con paciencia la pérdida de un trono y de un Estado tan importante; y alucinado con el recuerdo de los obsequios, adulaciones y entusiasmo de que por diez años habia sido objeto, creyó, ¡insensato! que lo debía todo á sí mismo, y no al poder que en aquella década representaba. Y reuniendo en Córcega algunos antiguos amigos, y á los napolitanos que no habian querido abandonarlo, se embarcó, y corriendo un deshecho temporal arribó al Pizzo en tierra de Calabria; y cuando creía ser acogido, si no con entusiasmo, con respeto, y encontrar numerosos partidarios que lo recibiesen como á su Rey, halló en cuanto fué reconocido odio y desprecio, y por acogida un estrecho calabozo, y á pocos dias una sentencia y en seguida la muerte.

Al restablecerse el legítimo soberano en su trono, ratificándole el Congreso de Viena el título de Rey de las Dos Sicilias, se intituló, en vez de Fernan-

do IV, Fernando I, sin que se hablase más de la Constitución de Sicilia, ni allende ni agüende el Faro; pero conservó el código francés, el sistema de gobierno, el tributario y el administrativo, aunque desfigurados, pues restableció muchos de los antiguos abusos, sobre todo en la jurisdicción eclesiástica, en la organización de la nueva policía y en el poder arbitrario de los ministros. Abolió el Consejo de Estado, y creó otro llamado Supremo presidido por el príncipe Leopoldo.

En 1816 apareció la peste levantina en las costas del Adriático, y despobló, con general espanto, la ciudad de Noja; pero afortunadamente pudo cortarse el contagio. El mismo año desapareció en un voraz incendio el famoso teatro de San Carlos, que fué inmediatamente reedificado, sin dejar nada que desear. También el hambre y la miseria afligieron el reino y desacertaron la restauración.

Ajustó el Rey tratados de comercio ventajosos con España, Francia y Holanda, y un nuevo concordato, en que quedó mal parada la regalía de la corona. Fué á Roma á celebrarlo, y á recibir la bendición del Papa; y allí encontró á su hermano el destronado rey de España Carlos IV, á quien no habia visto desde que se separaron en la infancia, y se lo trajo consigo á Nápoles, donde murió. Poco antes se habia enlazado la hija del primer matrimonio del príncipe heredero con el duque de Berry, y la del segundo, doña María Carlota, con el infante de España D. Francisco de Paula.

No estaba la Italia muy satisfecha con sus antiguos príncipes; los tiempos eran otros, la ilustración mayor, las nuevas necesidades sociales muchas. En el reino de las Dos Sicilias no se disfrutó tampoco de bastante tranquilidad, á pesar de la amnistía; quedaron en pie los partidos, y la policía no se descuidaba en marcar cuál era el blanco de las sospechas, de las pesquisas, de las persecuciones. En la isla, el gobierno del príncipe Francisco no satisfacía los deseos públicos, y el olvido de la fresca Constitución tenia disgustados á todos. En el continente, la reacción hacia la arbitrariedad y el fanatismo, no agradaba á nadie, y despertaba serios temores para lo venidero. Y, como era natural, la secta de los carbonarios cundia, sus trabajos se ramificaban por todas partes, y era grande la agitación moral del país, que preparaba sin duda graves trastornos. En circunstancias tan oportunas, acaeció la revolución de España del año 20 para restablecer la Constitución del año 12, abolida por Fernando VII en 1814 y restablecida por una insurrección militar. Siguió el ejemplo un cuerpo de tropas napolitanas acantonado en Nola, preparado de antemano por las sociedades secretas, y por los que querian sacudir el yugo de la influencia austríaca, que pesaba duramente sobre el país, y dió el grito de *Constitucion*, que tuvo eco en todas partes y muy principalmente en la capital. Sorprendido el Rey, quiso establecer la de Sicilia; pero ya se pedia más y se exigía que jurara la Constitución de España, de la que se tenia en Nápoles apenas conocimiento, pues no se halló en todo el reino un ejemplar ó copia de ella, y fué preciso pedir una á la legación de España para el acto del juramento. Prestólo el Rey muy disgustado, nombró otra vez á su hijo Vicario general para el gobierno del Estado y convocó las Cortes.

Grandes trastornos ocasionó en Sicilia la nueva de estos sucesos; sublevóse Palermo, y se dividió en dos bandos: uno queria la constitucion inglesa, que no habia llegado á plantearse, el otro la creía poco liberal y deseaba la española, pero ambos proclamaban la independencia de Sicilia, aunque conservando el mismo Rey que el estado de Nápoles. El movimiento de Palermo se extendió por toda la isla, y hubo en toda ella dolorosos conflictos y derramamiento de sangre; el lugarteniente Naselli, hombre de escasos medios, no pudo contener aquellos desórdenes, y dejó el mando en manos subalternas, abandonando la isla.

Marchó de Nápoles á sujetarla un cuerpo de tropas de diez mil hombres al mando del general Florestan Pepe, que conociendo el estado de las cosas, creyó oportuno transigir, y firmó el 5 de octubre de 1820 un juicioso convenio á bordo de un navio inglés surto en la bahía de Palermo, despues de largas conferencias; pero cuando llegó á Nápoles la noticia de este ajuste se agitó la cuestion en las Cortes con tal calor, y los diputados hicieron tan furibundos discursos, y propusieron tales absurdos en nombre de la libertad, que todo fué confusión y desacuerdo, quedando los negocios de Sicilia en peor estado que antes estaban. Entre tanto, reunidos en Troppau los soberanos de Austria, Rusia y Prusia, que formaban la *Santa Alianza*, declararon: que no podian conformarse con el nuevo sistema establecido en el reino de las Dos Sicilias, y escribieron al rey Fernando I para que fuese sin demora á Laybach, á tratar con ellos el modo de satisfacer las exigencias públicas, sin mengua de la dignidad real y sin infracción de los tratados vigentes. Indeciso el Rey, despues de ocultar este mensaje algunos dias, dió parte de él á las Cortes, donde produjo las sesiones más borrascosas y enconadas, y una formidable resonada en que resonaba por todas partes con los ruidos

alaridos: *¡La Constitución española, ó la muerte!* Calmóse al cabo la inquietud, y decidióse la ida del Rey al Congreso con seguridades dadas de que en él miraría por el sostenimiento de las juradas instituciones. Marchó pues Fernando I en el navio inglés *Venganza*.

Pasaron algunos dias sin noticias del Rey. Las primeras que se recibieron sólo hablaban del viaje y de la llegada; hasta que, cuando ya la ansiedad pública tocaba á su término, recibió el Príncipe regente una larga carta de su padre, en que le decía: que los soberanos del Congreso de Laybach no reconocian el sistema constitucional del reino de las Dos Sicilias, y que si no se adoptaba otro más conveniente para mantener intacto el tratado de Viena y la paz de Italia, lo desharían por la fuerza de las armas. Al mismo tiempo que esta carta se recibieron noticias de que un poderoso ejército austriaco venia marchando con gran precipitación. El efecto en Nápoles de la carta y de tales nuevas fué cual era de esperar. Reunióse el Parlamento, se desahogó en discursos elocuentísimos, pero violentos, y proponiendo medidas impracticables; hasta que el diputado Poerio propuso la guerra al Austria y á la Santa Alianza, y declaró prisionero al Rey.

Formáronse dos ejércitos con actividad suma al mando de los generales Carrascosa y Pepe, aquél militar de no vulgares conocimientos, y éste soldado franco y fanarron; uno marchó sobre el Garellano, otro á la frontera de Abruzzo, mientras numerosos batallones de milicia nacional seguian como reserva. El príncipe heredero Francisco, regente del reino, y su esposa la infanta Isabel despedían los diferentes regimientos animándolos, exhortándolos á defender la libertad, y poniendo por sus manos en las banderas corbatas tricolores. El entusiasmo parecia general.

Avanzaron los austríacos mandados por el general Frimont y en número de sesenta mil hombres hasta las fronteras del reino, quedándose el Rey detrás de ellos en Florencia. La vecindad de los enemigos aterró á Nápoles: desconociendo todos del éxito de la guerra, empezaron á manifestar desaliento y deseos de algun razonable acomodo. El general Carrascosa se mantuvo con prudencia evitando un conflicto. El general Pepe acalorado por los sectarios, sus amigos, creyó que iba á escarmentar á los austríacos, y á ganarse una corona inmarcesible; y despues de anunciarlo imprudentemente en los periódicos de la capital, atacó el 6 de julio de 1821 con escaso orden y relajada disciplina á Riefi. Salieron los austríacos, y en pocos minutos lo deshicieron completamente, poniéndolo en vergonzosa fuga y dispersion; tambien huyeron y se dispersaron las reservas. El general Carrascosa se replegó prudentemente detrás del Volturno, y receloso de que sus tropas hicieran lo que las de Pepe, se mantuvo en expectativa. Los enemigos pasaron el Garellano, y se detuvieron; pero con tanta fuerza, que se conoció que su intento era el de dar lugar á un desenlace que no costara sangre á ambos ejércitos.

Aterrada la capital con los desastres de Abruzzo y con los peligros del Volturno, y llena de fugitivos de todas partes, presentaba el más lastimoso espectáculo. Reunióse el Parlamento, y como dice un autor contemporáneo, y por cierto ardiente liberal (1), *buen consejero de gobiernos tranquilos, siempre dañoso para regir el estado en tiempos borrascosos, pueblo en la prosperidad, plebe en los desastres; cambió su decision y energia, en abatimiento y humillacion, y se echó en brazos del Rey para que los salvara y salvase el reino.*

Entraron como amigos los austríacos en la capital, se disolvió el Parlamento, emigraron los diputados más importantes, quedó abolida la Constitución, y el rey Fernando I declarado soberano absoluto del reino de las Dos Sicilias. Pero no se apresuró en venir á ocupar su trono, y desde Florencia, con su ministro Canosa, gobernó el reino y reorganizó la monarquía.

Hubo persecuciones encarnizadas, decretos inconsiderados, venganzas privadas, y ejecuciones violentas é ilegales; anuláronse leyes sábias, quemáronse libros y escritos inocentes y fué completa la reaccion. Al cabo vino el Rey á Nápoles, donde fué recibido con gran festejo, pero con poco entusiasmo y alegría. Repartió bienes cuantiosos á iglesias y monasterios, enriqueció á los jesuitas, premió con bandas y honores á sus cortesanos, y se entregó completamente á prácticas devotas, y á firmar decretos de proscripción y sentencias de muerte.

Estaba vacío el erario público, y fué preciso acudir á un empréstito para cubrir las atenciones del Estado. Hizolo la casa Rothschild, con la condición de la despedida de Canosa y de que el caballero Médicis fuese ministro de Hacienda.

Llamado el Rey á un nuevo congreso á Verona, se reunieron esperanzas y temores: unos creian que los consejos de soberanos más ilustrados mejorarian la suerte del reino, otros que el odio de los despotas del Norte á las ideas liberales, aumenta-

(1) Colletta.

rían las persecuciones y el terror. Pronto las noticias venidas de allá manifestaron que la resolución era acabar con las constituciones en todo el continente europeo.

Disuelto aquel Congreso, fué el Rey á Viena, y más tarde volvió á Nápoles, donde murió el día 4 de enero de 1825, á los setenta y seis años de edad y sesenta y cinco de reinado.

XV

Fué reconocido y jurado inmediatamente rey de las Dos Sicilias el príncipe Francisco, duque de Calabria, con el título de Francisco I. Acostumbrado al mando, pues como dejamos dicho lo habia ejercido como Vicario de su padre, ya en Nápoles ya en Sicilia, y como regente en todo el reino, no debian cogele de nuevo los graves negocios del Estado, ni el peso de la corona. Hubo un tiempo en que fué muy popular, pero en los últimos se le miró con desconfianza, con razon ó sin ella, y no le era favorable el concepto público. Se dió tal vez con exceso á la devoción, reforzó la policía, y no cesaron las persecuciones. Promulgó una buena ley de montes y plantíos, que preservó de inminente ruina á los bosques del Estado, objeto de la codicia destructora de los pueblos y de los particulares; y en su tiempo se construyó el magnifico palacio, donde reunió, y aun existen, las secretarías de los ministerios, el gran libro y las altas dependencias del Estado. Tambien activó las excavaciones de Pompeya, como inteligente arqueólogo, y enriqueció el museo con objetos preciosísimos.

Por ofensas hechas al pabellon napolitano, de-

claró la guerra á Tripoli, y envió á combatirla una escuadrilla compuesta de un navio, tres buenas fragatas y otros buques menores, que tornó á poco á Castellamare, sin haber tentado ninguna hostilidad.

En 1829 trató el matrimonio de su hija doña María Cristina con el rey de España Fernando VII, viudo sin hijos de tres mujeres; y dejando de regente del reino á su hijo primogénito y heredero, fué con la Reina á la corte de España á llevar á la novia y á festejar las bodas. Efectuadas éstas, pasó á París para permanecer allí una temporada. Pero habiendo enfermado, regresó con su angusta esposa y su séquito á Nápoles, donde agravándose la enfermedad falleció el 7 de noviembre de 1830, á los cinco años de reinado.

Era el rey Francisco de mediana estatura, propendiendo á la obesidad, de semblante apacible, de cabello rubio. Vestía siempre de paisano sin decoración alguna; rara vez en su juventud montó á caballo, pasaba las revistas militares en coche, era de fácil acceso, de modales dulces y de agradable conversacion.

XVI

Sucedíole Fernando II, que actualmente reina, á la edad de veinte años; fué recibido con entusiasmo su advenimiento al trono, pues su gallarda persona, su afición á las armas y la bondad de su carácter presagiaban un venturoso reinado.

Casó en primeras nupcias con una princesa sarda, en quien tuvo al príncipe don Francisco María Leopoldo, duque de Calabria, heredero de la coro-

na; y en segundas con María Teresa, hija del archiduque Carlos, que le ha dado numerosa prole. Es inteligentísimo en la organización y disciplina militares, y capaz y activo en todo género de negocios, de los que se ocupa constantemente con asiduidad é inteligencia; mejora su ejército continuamente, atiende con eficacia al aumento de la marina, cuida de la buena administración, protege las artes, sostiene el crédito nacional, viaja por el reino sin aparato, y visita muy á menudo la Sicilia, de donde es natural.

Tuvo serios disgustos con los ingleses, por unos contratistas de azúcar, y amenazado con una poderosa escuadra en el golfo de Nápoles, se portó con entereza y acierto, y logró una honrosa transaccion mediando la Francia. Los *terrazos* acontecimientos de su reinado son de tan reciente data que no nos es dado referirlos ni calificarlos, pues á cada momento riamos con nuestros juicios á personas respetables que viven y que han tenido parte principal en los contemporáneos sucesos de aquel reino. Basta saber que su trono se mantiene firme, aunque ha sido combatido por violentísimos huracanes; y que su territorio se mantiene íntegro, aunque colosales esfuerzos han intentado despedazarlo. Concluiremos pues nuestro trabajo diciendo: que á Fernando II, rey de las Dos Sicilias, tan alabado por los revolucionarios, y aun por escritores extranjeros y hombres de Estado, de quienes eran de esperar más circunspeccion é imparcialidad, le harán completa justicia, pasado el tiempo de pasiones y de resentimientos, las severas páginas de la historia.

Madrid, julio de 1855.

FIN